

Repensando los Estados africanos: presente, pasado y futuro

Rethinking African States: Present, Past, and Future

Pablo Muñoz Rojo¹

Copyright: © 2021

Revista Internacional de Cooperación y Desarrollo.

Esta revista proporciona acceso abierto a todos sus contenidos bajo los términos de la [licencia creative commons](#) Atribución–NoComercial–SinDerivar 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Tipo de artículo: Artículo de Revisión

Recibido: enero de 2021

Revisado: febrero de 2021

Aceptado: marzo de 2021

Autor

¹ Licenciado en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid con un Máster en Relaciones Internacionales y Estudios Africanos de la Universidad Autónoma de Madrid. Gestor de conocimiento del Centro de Formación de la Cooperación Española en Cartagena de Indias. Miembro del Centro de Estudios Afrohispanicos CEAH de la UNED, España. Autor del libro *Sí es un problema de racismo*, editorial Diwan.

Correo electrónico: pablojonasmr@hotmail.com

ORCID: [0000-0001-5371-7046](https://orcid.org/0000-0001-5371-7046)

Cómo citar:

Muñoz Rojo, P. (2021). Repensando los Estados africanos: presente, pasado y futuro. *Revista Internacional de Cooperación y Desarrollo*. 8(1), 112-129

DOI: [10.21500/23825014.5040](https://doi.org/10.21500/23825014.5040)

 OPEN ACCESS



Resumen

Tras más de medio siglo de las independencias de los países africanos gran parte de sus Estados siguen siendo cuestionados por parte de la propia población africana, de organismos internacionales y de distintos países. Diferentes posturas teóricas vienen a explicar lo que denominan como “el fracaso de los Estados africanos” ya sea señalando causas externas o internas a los diferentes países africanos. Teniendo en cuenta los distintos análisis, este artículo pretende—evitando los reduccionismos, el racismo académico y desde una perspectiva histórica crítica— poner en cuestión el modelo de Estado que se ha pretendido establecer tras los procesos de independencia, al no reconocerse estos como modelos creados por y para los africanos.

Palabras clave: Estado; colonialismo; democracia; clientelismo; África; poder.

Abstract

After more than half a century of the independence of the African countries, many states are still challenged by the African people themselves, international organizations, and from various countries. Different theoretical positions explain what they call “the failure of the African States” by either pointing out external or internal causes to the different African countries. Avoiding reductionisms, academic racism and from a critical historical perspective, which takes into account the different analyses, this article aims at challenging the State model established after the independence processes, since these are not recognized as models created by and for the African people.

Keywords: State; Colonialism; Democracy; Patronage; Africa; and Power.

1. Introducción

Lejos del imaginario que se ha creado, la historia de África no surge con el colonialismo, ni siquiera con la esclavitud, sino que esta viene de siglos y siglos atrás en los que surgieron algunos de los reinos e imperios más importantes que ha dado la humanidad.

Desde el periodo colonial europeo en África se ha gobernado a partir de una estructura de Estado en todo el continente. Y si bien el África precolonial no fue desconocedora del Estado como organismo administrativo, eran modelos de Estado propios, y pese a que había regiones que se regían por estructuras estatales había muchas otras sociedades que funcionaban sin tales organismos. Ahora bien, estas sociedades precoloniales se desvanecieron¹ con el Estado colonial y el modelo de Estado que se reprodujo tras las independencias. Desde entonces solo hay un modelo de Estado único y validado.² En este sentido, el principal referente es el Estado westfaliano-weberiano del siglo XVIII y consolidado con la Revolución Francesa basado en una extensión de poderes y burocracias con el fin de proveer unos bienes públicos. Pero este no fue el caso del Estado colonial en África.

Como nos recuerda Germain Noie Tshibambe “no se puede hablar de una África, sino de varias” (Ngoie Tshibambe, 2009, p. 121). María Elena Álvarez Acosta señala que “Si bien es cierto que “las sociedades tradicionales africanas no han tenido todas la misma organización política” (Matala Kabangu, 1996, p. 49), no se puede dejar de lado que la autoridad política como un poder consensuado fue un rasgo muy co-

¹ Tal desvanecimiento, conviene matizar, se refiere en términos generales a los lugares de poder y sus estructuras como hegemónicas. De tal forma que las estructuras precoloniales dominantes fueron desplazadas -desvanecidas- por parte de las nuevas fórmulas y fuerzas que se asentaban colonialmente. Por supuesto, frente a este devenir se dieron múltiples formas de resistencias que perduran reformuladas y contextualizadas a día de hoy. Es decir, que no se asimilaban como sujetos pasivos lo que permitió el mantenimiento en mayor o menor medida de prácticas sociales, culturales, políticas y económicas de las cuales muchas fueron a su vez instrumentalizadas por los propios poderes e intereses coloniales y que posteriormente se integraron o se terminaron de desvincular de las estructuras postcoloniales.

² Encontramos ciertas excepciones con los casos de los denominados reinos independientes como Lesoto y Eswatini (anteriormente Suazilandia).

mún en las diferentes sociedades africanas” (Álvarez Acosta, 2011, p. 99), pero los intereses coloniales modificaron muchos de los principios que constituían las propias instituciones. Los Estados actuales en el continente son consecuencia de diferentes dinámicas históricas y contemporáneas como veremos. Importa el proceso histórico de cada país, de ahí que cada uno presente sus peculiaridades. Es precisamente por esto por lo que no se puede hablar de una política africana como única, de tal forma que no caben análisis reduccionistas.

2. Los Estados coloniales

Las colonias, según la administración colonial encargada de dirigir las presentaron diferentes modelos de Estados. A partir de Frederick Cooper (Cooper, 2002, p.18) podemos distinguir dos conceptos para diferenciar las dos principales administraciones coloniales en el continente africano sobre todo a partir de 1920.

Por un lado, y vinculado al colonialismo francés en países como Senegal, Costa de Marfil, Burkina Faso o Mali encontramos la idea de “asociación” en la que la metrópoli llegó a permitir cierta representatividad africana dentro del parlamento francés como con el caso de Léopold Sédar Senghor, uno de los padres de la Negritud junto con el martiniqués Aimé Césaire y el guayanés Léon-Gontran Damas, y que más tarde sería el primer presidente de Senegal. De esta forma se concedía el carácter de ciudadanos³ a la población de las colonias. Con el tiempo, sobre todo tras la Segunda Guerra Mundial, los africanos empezaron a exigir los mismos derechos que el resto de los ciudadanos franceses de la metrópoli, algo

³ Este punto debe ser matizado en tanto que la categoría de ciudadanía por un lado no era aplicada a todas las personas bajo la colonia, y cuando esta se aplicaba no implicaba el mismo reconocimiento efectivo en cuanto a derechos. Así, el acceso a tal categoría jurídica (sin profundizar en los elementos simbólicos y coloniales del término donde se establecen ciudadanía de primera, segunda y tercera) venía determinado por la geografía, es decir, las denominadas Cuatro Comunas (Saint-Louis, Dakar, Gorée y Rufisque) así como de los procesos de “ascensión” legales por los que se pasaba a ser “Évolué” (evolucionados) cuya asimilación o europeización era necesaria para ser sujetos relativos de pleno derecho. A partir de 1916 tal derecho se volvería más extensivo al resto de la población de los territorios coloniales.

inviabile para Francia por el coste económico que suponía para el Estado francés equiparar en derechos a toda la población y por otro lado por el propio componente racista que reducía las poblaciones negras de las colonias a todo un imaginario donde eran entendidas como inferiores biológico-culturalmente. No se equipararían derechos con poblaciones señaladas como tal. Es en este punto que la población africana de las colonias endureció sus reivindicaciones exigiendo la autodeterminación e independencia de París.

Por otro lado, ligado al colonialismo británico de países como Nigeria, Ghana o Kenia está el concepto del “indirect rule” basado en la concesión de un modelo de autogobierno a las colonias dirigido desde la metrópolis, en el que líderes africanos que representaban los intereses coloniales, los llamados Chiefs Warrants (no siempre legitimados por las poblaciones locales) controlados por Londres, se encargaban de administrar las diferentes localidades. Aunque existía en las colonias francesas también, este modelo se utilizó para generar diferencias entre los diferentes grupos étnicos situando a unos en posiciones de poder por encima de otros y de esa forma facilitar el control de las poblaciones evitando su cohesión dando pie a represalias entre los diferentes grupos étnicos propiciando luchas de poder denominadas por John Lonsdale como “tribalismo político” (Lonsdale, 2000) que a su vez generaba una suerte de “fetichismo” que para Jean-Loup Amselle y Erika M´bokolo tenía la finalidad, por parte de los colonizadores “de borrar las jerarquías precoloniales para imponer las nuevas” (Amselle & M´Bokolo, 1985, p. 33). Divididos y enfrentados, el foco en la metrópoli quedaría reducido. A diferencia del modelo francés, el británico no reconocía a los africanos como ciudadanos del imperio y por lo tanto se les privaba de muchos derechos y de la legitimidad de reivindicarlos.

A pesar de las diferencias entre las distintas administraciones coloniales los Estados presentaban varios rasgos comunes. El primero de ellos es el de la imposición, es decir, fueron Estados impuestos de forma externa y violenta, proceso del que formaron parte ciertas élites africanas. El segundo es que los

idiomas en los que funcionaban estas instituciones eran las lenguas coloniales prohibiendo el uso de las lenguas locales. Así, se impusieron las instituciones y también los límites fronterizos del Estado, separando a aquellos que no debían separarse y juntando a los que querían estar separados. Eran Estados clientelares que cubrían nada más que las principales ciudades y dejaban el resto del territorio en el olvido, ya que las ramas del Estado eran muy cortas. De esta forma en ningún momento la población se pudo sentir representada ni resguardada por el Estado y sus instituciones.

3. La herencia del Estado colonial

La década de los años sesenta es la considerada década de las independencias. Desde que Ghana diera el primer paso en 1957 de la mano de Kwame Nkrumah, le siguieron el resto de los países enquistándose durante unos años más las colonias portuguesas⁴ por la resistencia de este país a que se independizaran.

Con la llegada de las independencias era el momento de reestructurar el Estado que había prevalecido durante el periodo colonial. Pero muchos líderes que habían encabezado el proceso de independencia como el propio Senghor en Senegal, Ahmed Sékou Touré en Guinea Conakry o Jomo Kenyatta en Kenia terminaron por ceder terreno a ciertos intereses occidentales. Y aquellos que no los cedieron fueron en ocasiones asesinados⁵ como Patrice Lumumba en La República Democrática del Congo o Thomas Sankara en Burkina Faso, práctica que se ha seguido llevando a cabo hasta nuestros días, tal es el caso de Muamar el Gadafi en Libia el 20 de octubre de 2011. Con ellos no fueron eliminados meras figuras políticas, sino la fuerza de la que en su momento se encontraba la alternativa ideológica panafricana que empujó algunos de los movimientos anticoloniales frente al modelo de los estados naciones que según Wa Thiong´o se atrincherarían “en

⁴ Menos flexibles y reformistas y más obstinadas y aferradas al poder político que los casos británico y francés (Cooper, 2002, pp. 38, 66).

⁵ Con la complicidad de las élites y militares que asumieron los intereses de las potencias extranjeras como propios.

las fronteras nacionales e incluso más allá, en estados étnicos y clánicos que tendrán que negociar con el creciente poder los bloques europeo y americano desde una posición cada vez más débil” (Wa Thiong’O 2017, p. 68) reafirmandose en sus fronteras y divisiones y dejando de lado la unidad de los diferentes pueblos del continente.

Los nuevos líderes y presidentes africanos, una minoría europeizada educada en las universidades europeas que ocupa las esferas de poder, entendieron al Estado, desde una perspectiva occidental, como un instrumento fundamental de modernización y progreso, por lo que buscaron como prioridad reemplazar el Estado colonial por el estado-nación westfaliano (Madeleine Alingue, 1999, p. 62). Tales universidades buscaban perpetuar el proyecto civilizatorio desde sus propios marcos ideacionales como sugieren Félix-Marie Affa’a y Thérèse des Lierres (Affa’a & des Lierres, 2002).

Es precisamente la tesis del desarrollo como proyecto de la modernidad civilizada la que empuja, ya sea de forma instrumental o no, a la toma de determinadas decisiones políticas por parte de esas élites. De esta manera, como señala Felwine Sarr todos estos conceptos de la episteme dominante (desarrollo, crecimiento, emersión económica, etcétera) que proyectaban los mitos de Occidente determinaron los imaginarios colectivos desde los que se abordaría la política y la economía (Sarr, 2018, p. 15). Pero como veremos, tal proyecto del estado-nación no ha funcionado.

Aún más complicado se plantea si se tiene en cuenta como afirma Christopher Clapham (2002), que hoy en día en la era de la Globalización, periodo donde las identidades son tan volátiles, resulta más complicado que nunca crear una identidad nacional (p. 790).

Las administraciones “independientes”, en palabras de María Elena Álvarez Acosta (2011), “continuaron aplicando la lógica estructural heredada, que implicó una reproducción económica ligada a la ayuda y los intercambios con el exterior y, además, la extensión de mecanismos de capitalismo de Es-

tado” (p. 119). De esta forma, nos encontramos con un nuevo Estado que en la búsqueda de alcanzar los estándares establecidos por Occidente de “modelo democrático, liberal y parlamentario” (Shmite, 2009, p. 97) sigue siendo impuesto de una forma violenta. Sigue sin ser representativo de la realidad pluriétnica y plurinacional, y sigue vinculado desde sus raíces con las metrópolis coloniales. Hablamos de un Estado blanqueado que representa la cultura occidental más que la africana como describe Nguigi Wa Thiong’o en su obra *Descolonizar la mente*. Wa Thiong’o denuncia cómo el africano ha sido dominado desde la colonización mediante un colonialismo mental “con el fin de controlar la riqueza de los pueblos” (Wa Thiong’O, 2015, p. 48). Hace hincapié en cómo a través de la dominación del lenguaje y la imposición del idioma se ha estructurado la forma de pensar del africano, y, por lo tanto, la forma en la que esta configura su identidad. El lenguaje supone la utilización de conceptos para definirse y construir realidades por lo que, en este caso, la utilización oficial de las lenguas coloniales supone un proceso de pensamiento delimitado por la epistemología blanca.⁶ Se piensa a partir de los códigos del lenguaje, y por lo tanto esos códigos se vieron asimilados en muchos sentidos, no sin resistencias, a los occidentales. Porque como reconoce Wa Thiong’o (2017) se produjo “la aceptación universal por parte de los Estados africanos de que el inglés, el francés o el portugués son las lenguas adecuadas para producir y almacenar el conocimiento y la información” (p. 62).

Okechukwu Ibeanu, pensando sobre todo en el caso de Nigeria, señalará cómo el poder de los colonos, y la conceptualización que tenían de él, será heredado casi como un bien patrimonial por las burguesías locales quienes entendían el Estado, mediante la cultura de imitación y repetición las estructuras políticas blanco-occidentales, como la

⁶ La epistemología blanca o epistemología eurocéntrica es una categoría política, desarrollada sobre todo desde los estudios decoloniales, que viene a señalar la vinculación de la producción de conocimiento y saber por las poblaciones europeas y norteamericanas blancas dentro del modelo racista que sitúa tales saberes como los únicos válidos y por lo tanto con finalidad de hegemonía y homogeneizante que se piensan como neutral y objetiva a la vez que perpetua el orden racista colonial que mantiene a tales poblaciones en las estructuras de poder ante la subordinación del resto de pueblos, sus culturas y sus propias epistemologías.

herramienta para materializar sus intereses privados y los de la comunidad étnica a la que pertenecía (Ibeanu, 2000, p. 59). De ahí la importancia de mantener la cultura propia dentro de la configuración del Estado para que este sea representativo de la sociedad, porque como asegura Mbuyi Kabunda (2012) “no hay pueblo sin cultura y ésta constituye el motor de cualquier proceso de desarrollo” (p. 154).

Los nuevos Estados nacieron heredando la administración colonial y por lo tanto el carácter patrimonial de esta. Y tal y como afirma Shmite (2009) “las élites africanas ocuparon las mismas estructuras coloniales alejándose de las alianzas étnicas” (p. 96). El nuevo Estado fue convirtiéndose en el instrumento de control social y de enriquecimiento de los gobernantes a costa del pueblo. Se instrumentalizó generando las tres inercias entrecruzadas diferenciadas por Tshibambe a nivel político, social y económico (Ngoie Tshibambe, 2009, p. 131). A nivel político se distingue el mal gobierno, entendido este como la mala gestión de lo público, una nula transparencia y la falta de reciprocidad entre los gobiernos y las poblaciones. Además de la importancia de los altos niveles de corrupción que han sido calificados como “el cáncer que infecta África” (Ngoie Tshibambe, 2009, p. 132). A nivel económico cabe destacar “el perfil de demandante de limosna internacional”, y sobre todo el aparcamiento de la necesaria revolución agrícola tras la independencia. Obviando, como afirma Kabunda (2012), que es la agricultura el único aspecto en el que el continente tiene una ventaja comparativa (p. 163).

Por último, a nivel cultural se desarrolla la ideología de culto al jefe y la personificación del poder y la autoridad. A esto habría que sumarle un proceso de aculturación primando lo occidental por lo tradicional. Se termina por adoptar, sin mucha alternativa, “un modelo prefabricado de sociedad en donde su cultura local no tenía previsto un lugar y donde esta era frecuentemente evaluada de modo negativo” (Sarr, 2018, p. 23).

En definitiva, el desafío de un nuevo contrato social se difuminaba cada vez más rápido conforme se establecía el nuevo modelo de Estado. De

esta forma la población de las diferentes etnias difícilmente podía identificarse con el Estado al percibir a este como “un instrumento de explotación y creador de beneficios para una minoría” (Ngoie Tshibambe, 2007, p. 69).

Es importante resaltar que el Estado colonial vino acompañado de una estructura heteropatriarcal que marcaría y definiría el papel de la mujer desde entonces y en adelante. No deja de ser curioso cómo, si bien la historia nos demuestra la importancia que ha tenido la mujer en las jerarquías de poder y gobernanza en África en los diferentes reinos e imperios (Serbin, 2017), desde el colonialismo y la imposición de las colonias con sus correspondientes procesos de independencia, no se han vuelto a dar ejemplos de mujeres en esas esferas de poder hasta hace pocos años. Y es que, los caminos de las mujeres para poder ocupar los espacios de poder se perciben verdaderamente complicados. El número de jefas de Estado es realmente reducido y no parece que vaya a cambiar en un corto-medio plazo. Por otro lado, es importante señalar cómo pese a ello, el papel de las mujeres a nivel político en diferentes regiones del continente sigue siendo crucial. Así, se encuentra que, sin entrar en el plano de la importancia central de la mujer en torno a la que se estructuran las familias y gran parte de las economías de los diferentes países —lo que por lo tanto adquiere un carácter político importante, así como social y económico—, se puede ver por ejemplo el caso de Ruanda que es el país con mayor número de mujeres parlamentarias del mundo, u otros casos como en Liberia donde se vio la incidencia política que tuvieron las mujeres tras sus movilizaciones por el fin de la guerra civil mediante una huelga de sexo, entre otras formas de resistencia, y que llevaría más adelante a que Ellen Johnson Sirleaf ganara el premio Nobel de la Paz y se convirtiera en la primera mujer presidenta del país.

4. Tras las independencias

Así estos Estados nacieron con dos problemas importantes, la fragilidad y la falta de legitimidad del pueblo que carecía de sentimiento nacional. Pero,

si estos Estados nacieron débiles, más aún terminaron siéndolo tras los ajustes estructurales llevados a cabo en los años ochenta por parte del Banco Mundial y el FMI en el continente. La llamada África negra ha sido donde más planes de ajuste se aplicaron con un total de 162 programas de ajuste, contra 126 en el resto del mundo, entre 1981 y 1993 (Kabunda, 2002). Estos propiciaron, por un lado, el recorte de capacidades y recursos de los Estados impidiendo que fueran garantes de derechos como la sanidad y la educación pública. Por otro lado, se dio el debilitamiento del Estado generando así vacíos de poder. De esta forma se iniciaron una serie de luchas por esos espacios de poder fortaleciendo la presencia de guerrillas y los llamados Señores de la Guerra. Así mismo, aumentaron y se recrudecieron los enfrentamientos étnicos y religiosos (muchas veces instrumentalizados bajo intereses políticos y económicos) en diferentes regiones generando desestabilidades muy fuertes.

Bajo el sistema mundo capitalista (Wallerstein, 2011), cuyo inicio simbólico se posiciona en 1492 con la llegada a América, se configura el capitalismo racial por el que la división del trabajo se fundamenta en la diferenciación geográfica y de raza. La evolución del orden internacional localiza las antiguas colonias y los posteriores nuevos Estados africanos en las periferias de tal circuito. De esta forma se inserta en la lógica capitalista del desarrollo, por la que los líderes africanos subordinaron los países a la economía occidental dando lugar a un aumento desmesurado de la Deuda. África claramente se había abierto al capitalismo (los nuevos Estados nacen dentro de ese sistema) como países dependientes y productores de bienes que otros consumirían gracias a un mercado desigual, con base a las teorías de Immanuel Wallerstein, en las que distingue el mundo por los lugares de producción poniendo sobre la mesa una estructura de Centro-Periferia con la idea última de que hay un centro generador de conocimiento y valor añadido, y una periferia que aporta productos sin ese valor. Justificando así que para que existan Estados ricos debe haber Estados pobres (Wallerstein, 2006). Pero estas diferencias no se reducen simplemente a la capacidad de producir conocimiento, sino que van más allá, y se traducen

en la construcción de los lugares del *ser* donde es posible la enunciación de discursos propios, de identidades y sobre todo de realidades. Así, ese centro, que a la vez es un centro blanco, heteropatriarcal y cisnormativo, se apropia de los lugares desde donde se puede ser y por lo tanto existir, mientras que aquello que queda fuera de estas categorías deja de existir al perder la capacidad de autopersonearse y autodefinirse (Adlbi Sibai, 2016, p. 85).

Shmite afirma que “1990 marcó el inicio de un periodo de democratización”, tesis que puede ser afirmada si se tiene en cuenta que entre 1990 y 1995 se llevaron a cabo 28 elecciones presidenciales multipartidistas en el continente y que 21 eran las primeras libres (Shmite, 2009, p. 109). A esto se sumaron como señala Adebayo Olukoshi, reformas constitucionales; el fin en determinados casos de gobiernos de partido único/militar; vuelta al multipartidismo; aparición de pluralismo en medios de comunicación; florecimiento de la vida asociativa o el restablecimiento de la cooperación regional y la integración (Olukoshi, 2006). Pero una vez más, se encuentran los problemas de base estructurales ya que este periodo de democratización no vino de la mano de una reflexión crítica y autónoma sobre el Estado, la ciudadanía, la democracia y las instituciones (Shmite, 2009, 112). Se llevaron a cabo nuevas elecciones, pero los políticos siguieron siendo los mismos. Es por ello que Aminata Traoré (2004) se preguntaba sobre la democracia en África cuando aseguraba de forma irónica “¿La democracia? El decorado ya está montado: libertad de voto, de opinión, de expresión, etc. Pero las instituciones giran en el vacío y los actores dan vueltas sobre sí mismos” (p. 73).

A partir de la caída del Muro de Berlín el norte global volvería a poner el foco en los Estados africanos desde el relato establecido en la idea binaria de los Estados frágiles y fallidos. Esto se enmarca en un contexto de guerra contra el terror, securitización, intervenciones humanitarias y la dominación del lenguaje. Sobre todo, tras el atentado del 11 de septiembre en Nueva York entrará en el marco de las relaciones Occidente-África un nuevo elemento basado, por un lado, en la cooperación y la ayuda humanitaria (volviendo a las lógicas paternalistas

racistas de tutelaje sobre los pueblos africanos incapaces de subsistir sin la ayuda del “hombre blanco”) y por el otro, en la seguridad, pero entendida como la seguridad de la población blanca en tanto que los problemas de seguridad de determinados países africanos suponen caldos de cultivo para el refuerzo de estructuras terroristas internacionales que amenazan a los países occidentales. La principal consecuencia de ello fueron la formalización de nuevos modelos de fronteras donde la seguridad se racializa convirtiéndose el cuerpo negro en un cuerpo a vigilar (Mbembe, 2016, p. 58). Se refuerza así, según Itziar Ruiz Gimenez, un modelo de frontera, marcado por la línea abismal de Buenaventura de Sousa Santos, donde las lógicas securitarias se enmarcan en las agendas político-económicas del norte a partir de la necesidad de un control fronterizo militarizado basado en lo performático, que por un lado limita y controla el cruce de fronteras, y por otro, fuerza a que ese cruce se produzca de forma violenta para fortalecer el relato que criminaliza a la inmigración, pero que a su vez necesita de la mano de obra barata. Por su puesto, tal modelo fronterizo, aceptado en su forma y proporcionalidad por las sociedades del norte, implica la pérdida de miles de vidas cada año en esos espacios de frontera (Muñoz Rojo, 2020).

Es importante señalar que un Estado solo puede ser considerado fallido en términos de comparación, y es Occidente, desde sus categorías de estado hegemónicas, quien establece esos términos. Si como se ha dicho, no se produce una identidad nacional de la población que legitime el Estado, si el Estado no reconoce la pluralidad de identidades nacionales que lo constituyen, si a los ejércitos no se les ofrece garantías por su lealtad a los Estados (muchas veces por problemas económicos) y se suman a la fragilidad de las propias instituciones, lo que nos encontramos es un caldo de cultivo para levantamientos militares constantes y luchas de poder para ocupar esos espacios vacíos y débiles.⁷

⁷ Para una descripción en profundidad sobre las diferentes posturas teóricas y conceptuales sobre los denominados Estados fallidos o frágiles remitirse al capítulo 6 de la tesis doctoral de Alban Kouakou N'Dri “La unión africana, la convivencia entre la fragilidad estatal y el supranacionalismo: análisis político institucional de la integración africana de 2000 a 2016” (Kouakou N'Dri, 2017, pp. 264-304).

5. Causas internas y externas

Teniendo en cuenta lo que hemos visto, podemos sustraer diferentes causalidades a la situación de los Estados en África hoy en día (dentro de las diferencias y peculiaridades que existen entre ellos), al margen de los aspectos culturales instrumentalizados por unos y otros. Lejos de concreciones demagógicas hay que entender que las responsabilidades son compartidas y por lo tanto existen problemas estructurales internos y externos. Sin obviar las causas históricas como la esclavitud y el colonialismo, ya que todo análisis sobre el continente africano que no mencione estos hechos pierde todo tipo de rigurosidad, se pueden destacar diferentes causas de los problemas de los Estados africanos.

Entre las causas externas, como distingue Kabunda, estarían el intercambio económico comercial desigual enmarcado en el libre comercio (acuerdos de Lomé y Cotunú), los Programas de Ajuste Estructural que han minado las capacidades de los Estados y les han provocado una deuda externa inviable o los modelos de las empresas extractivistas occidentales y chinas. Otra causa externa serían las medidas proteccionistas de Occidente como la Política Agrícola Común, que en palabras de Kabunda “asfixian a millones de campesinos erosionando su poder adquisitivo” (Kabunda, 2012, p. 166). A esto se suman los llamados “pactos coloniales” que tuvieron lugar en los procesos de independencia de las colonias francesas, incluía la deuda colonial por la que el país galo recibe cada año millones de euros con la obligación de depositar los fondos monetarios de los países en el Banco Central de Francia:

La política monetaria que manda sobre estas naciones es llevada a cabo por la Tesorería Francesa y el Banco central CFA (donde Francia tiene veto). Esta obliga a cada país africano a depositar al menos el 65% de sus reservas de cambio en una cuenta de operaciones del Tesoro Francés. Además, la nación francesa también exige un 20% adicional para cubrir pasivos financieros. En suma, el 85% de las reservas de divisas de las 13 naciones africanas firmantes del

pacto se encuentran en cuentas controladas por la Tesorería Francesa. Esto implica que las colonias firmantes solo pueden acceder al 15% de su dinero anualmente (García Montagud, 2019, Párr. 5).⁸

En definitiva, es toda una estructura neocolonial que entorpece el desarrollo del continente y que lo lastra por una dependencia a los organismos internacionales, las ayudas de Occidente y los acuerdos desiguales con China.⁹

A todas estas causas es preciso añadir las internas que pesan en gran escala en las figuras de los líderes y élites políticas que asumieron el control de los Estados tras los procesos de independencias pero que perpetuaron muchas de las conductas de los Estados coloniales. Aun así, debe matizarse, tales líderes (políticos y empresarios) son responsables “de la gestión de los recursos y las instituciones, pero no de las condiciones iniciales que la historia les legó, ni de las dinámicas poco virtuosas inscritas en las trayectorias sociales que heredaron” (Sarr, 2018, p. 53).

Estos nuevos líderes han destacado por los grandes niveles de corrupción vinculados a los mismos modelos de Estado patrimonial y clientelar afianzando el llamado mal gobierno sin ningún tipo de transparencia en sus funciones. Corrupción que se vio multiplicada con las aplicaciones de los ya mencionados Planes de Ajuste Estructural. Así mismo, estos son corresponsables con los organismos internacionales externos de haber puesto en práctica y haber accedido a los Programas de Ajuste Estructural, así como de permitir que sean multinacionales extranjeras las que se apropien de los recursos del

⁸ Otros elementos que incluyen los pactos: Derecho de preferencia sobre materias primas y recursos naturales de las naciones; Prioridad para la obtención y licitación pública para las empresas francesas; Derecho exclusivo para suministrar equipamiento militar y entrenar a los militares oficiales de las naciones; Derecho a Francia para establecer tropas e intervenir militarmente en las naciones firmantes; Obligación de tener como lengua oficial del país el francés; Envío de un informe del balance anual y reservas de los países; Uso obligatorio de la moneda de Francia colonial, el FCFA —este aspecto ha cambiado durante el último año—; Prohibición de participar en alguna alianza militar; Obligación de aliarse con Francia (García Montagud, 2019).

⁹ Y en menor medida, pero con cada vez más relevancia países como Rusia, Turquía, Qatar, Arabia Saudita o Brasil.

continente con su beneplácito. Además, muchos de estos gobiernos han tratado de perpetuarse en el poder (con el respaldo de Occidente y China posteriormente) haciendo uso de diferentes grupos étnicos (instrumentalizados pasiva y activamente) generando y reafirmando a su vez mayores disputas y enfrentamientos que en más de una ocasión han terminado en conflictos atroces e incluso en genocidios como en el caso de Ruanda. En palabras de Jean-Loup Amselle y Elikia M´bokolo (1985), “en África todos los sistemas de dominación han abrevado en las teorías de la etnia y manipulado hábilmente los sentimientos étnicos” (p. 4).

Todo ello se resume bajo la alianza entre los gobiernos africanos, el norte global y China, que determina la situación en África bajo la dinámica de los corruptores y los corruptos.¹⁰

6. La visión del Estado por parte de las poblaciones

Como señala Adebayo Olukoshi, resulta importante resaltar cómo el colapso que supuso el modelo de acumulación postcolonial

produjo una ruptura que reclamaba una redefinición de las relaciones estado-sociedad, como también de las relaciones dentro de la sociedad y el Estado mismo. La búsqueda de una definición comprensiva de las relaciones estaba atada inevitablemente a la competencia entre los diversos intereses en pugna por el reposicionamiento en el sistema político y por

¹⁰ Algunos ejemplos de ello lo encontramos en el 2011 en Costa de Marfil con la relación de Alassane Ouattara con Francia lo que llevaría a la detección de Laurent Gbagbo por parte de las tropas francesas; el caso de la compañía petrolera Shell en Nigeria con la explotación del Delta del Níger con la connivencia de los gobiernos de Nigeria y de los Países Bajos; el apoyo de Idriss Déby en el Chad por Francia y Estados Unidos; el apoyo de Francia, Estados Unidos y Reino Unido a Blaise Compaoré con el golpe de estado y asesinato de Thomas Sankara; la compra de tierras para cultivo de arroz en Sudán y Etiopía por parte de Arabia Saudita. Y como casos más recientes, los denominados Luan-da Leaks en Angola; los resultados del informe “The New Colonialism: Britain’s scramble for Africa’s energy and mineral resources” de la organización War on Want; el informe GRAIN del 2008 y 2016 sobre el landgrabbing; o las investigaciones y publicaciones de Diario Rombe sobre Guinea Ecuatorial que incluyen las recientes vinculaciones con el denominado “Caso Villarejo” de España.

la lucha por el poder, las oportunidades y las ventajas (Olukoshi, 2006, p. 199).

Todo ello llevó a que una parte importante de las poblaciones africanas renieguen del Estado. Esto puede explicarse al reconocerse el modelo de Estado existente como impuesto. Las estructuras e instituciones que hacen parte del Estado vinieron dadas¹¹ tras la colonización, y a los pueblos africanos —no simplemente determinados líderes— no se les permitió formar parte de su creación. Tan importante es que el Estado se ha configurado sin la participación de los africanos como la lógica que ha ido adquiriendo la cual no reconoce los principios y valores tradicionales de la realidad multiétnica y plurilingüística de los países.¹² En definitiva, no se sienten reflejados en sus estructuras ya que la tradición africana no forma parte de ellas (como elemento central) al representar un modelo de instituciones en ocasiones leídas como foráneas.

Por otro lado, las fronteras que delimitan los Estados siguen sin ser reconocidas por muchas poblaciones africanas, como es el caso de Cabinda (Caballero Santos & Taberner Martín, 2015, p. 121). Unas fronteras implantadas desde la Conferencia de Berlín en 1885 que dividieron comunidades enteras establecidas previamente. De esta forma, miembros de un mismo grupo étnico se han visto separados y siguen sin poder juntarse bajo una misma administración como históricamente había ocurrido. A las personas que habitan estos espacios que las separan de otras con quienes históricamente comparten cultura, religión, idioma y modelos sociales, Wa Thiong’o las denomina “comunidades fronterizas” y señala cómo “en sus prácticas culturales están desafiando la san-

idad del Estado-nación derivado de la colonia” (Wa Thiong’o, 2017, p. 75). Es así como resulta complicado pensar en África en términos de Estados-naciones ya que estos no son reconocidos por su propia gente. La identidad nacional es poco palpable al no atender a la realidad multinacional de cada país.

En función de cómo son imaginadas estas fronteras las personas reproducen una serie de comportamientos hacia las instituciones en tales espacios fronterizos, ya que como señala Sarr (2018), “en los orígenes de cualquier comunidad se encuentra el establecimiento de un código simbólico común que permite a sus miembros pensar, decir y experimentar lo real de manera relativamente unívoca” (p. 22). En palabras del filósofo Charles Taylor (2006), “el imaginario social es la concepción colectiva que hace posibles las prácticas comunes y un sentimiento ampliamente compartido de legitimidad” (p. 37), por lo tanto, tal concepción de la frontera “ha dejado de concebirse únicamente como una línea o espacio en un mapa, pasando a considerarse también como una serie de prácticas de gobernanza local, regional, nacional o internacional, según el contexto” (Caballero Santos & Taberner Martín, 2015, p. 119).

Es importante entender que gran parte de las poblaciones africanas no son pasivas frente al Estado, sino que son racionales y deciden no participar de él al verlo como algo externo y negativo. De ahí que en diferentes lenguas africanas se utilicen conceptos negativos para denominar al Estado como viene siendo el caso del Swahili en el que la palabra para referirse al Estado es “Serkali”.¹³ Esto se traduce, según entiende Sarr (2018) en que “mientras las instituciones políticas, sociales y culturales no sean el resultado de producciones internas, llegadas a su madurez, de sociedades que hayan realizado las síntesis necesarias por su propio metabolismo, seguiremos viendo durante mucho tiempo una vida real que se autoorganiza fuera de los espacios oficiales y que obedece a sus lógicas propias” (p. 121).

¹¹ El debate sobre si vinieron dadas y la forma en la que vienen dadas lo resuelvo en el sentido de que se permitió (de la misma forma que se permite en el resto del mundo) una forma limitada de pensar el Estado y sus instituciones. Que, si bien se piensa como amplia desde su propia lógica, al final esta se reduce a una suerte de cárcel con unos márgenes conceptuales e ideológicos que deben encajar dentro del marco del sistema internacional capitalista. Esto no implica negar que, dentro de tales márgenes, las voces e intereses de determinadas elites africanas tuvieron relevancia en la constitución de esos Estados. Pero son tales márgenes, y por lo tanto tales formas y posibilidades limitadas de concebir el Estado, las que vinieron dadas.

¹² Solo Nigeria cuenta con unos 250 grupos con identidades étnicas y 521 idiomas diferentes en todo el territorio nacional.

¹³ Haciendo un despiece de la palabra podemos ver que “Ser” viene a significar secreto, mientras que “kali” se traduce en malvado.

Un ejemplo de ello se produce precisamente en los espacios transfronterizos con las resistencias cotidianas,

Se trata así de resistencias referidas a los imaginarios sociales que desde la colonización se han tratado de implantar en África desde fuera del continente (Wesseling, 1999). La historia pre-colonial de pueblos como los aunados bajo el reino del Congo, el imperio de Mali o el reino Ashanti, tal y como explican Ki-Zerbo y Nugent, reflejan las diferentes concepciones de la frontera, como un espacio de contacto más que como un muro de separación. Estas visiones alternativas han permanecido en el imaginario colectivo de determinadas comunidades políticas africanas y aún hoy se mantienen. De manera que estos espacios se conciben no como barreras que obstaculizan el contacto entre los pueblos sino como canales de comunicación y oportunidades de crecimiento (Nugent y Asiwaju, 1998).

Estos imaginarios sociales y las prácticas derivadas de ellos dan lugar a relaciones entre diferentes actores que superan la tradicional barrera entre Estados y naciones, y convierten lo transnacional en parte importante de la realidad política, económica y social africana (Caballero Santos & Taberner Martín, 2015, p. 121).

En estos casos la relación con el Estado se limita a lo estrictamente necesario debido a que este, en muchas ocasiones, no es el garante de los derechos de tal forma que llega a ser entendido como un enemigo para el desarrollo que a su vez puede ser instrumentalizado para poder acceder a determinados recursos.

7. La academia a debate

Se ha evidenciado durante mucho tiempo cómo el discurso dominante colonial blanco-eurocéntrico ponía el acento en la propia cultura e idiosincrasia

africana para explicar el fracaso del continente. Discursos heredados de los paradigmas etnocentristas y racistas elaborados por los pensadores europeos como Gobineau, Hegel o Kant que situaron a África al margen de la Historia universal (Muñoz Rojo, 2018, pp. 35-43).

El británico John Iliffe, uno de los principales historiadores sobre el continente africano, terminaría por asumir postulados coloniales que vienen a justificar cierto orden colonial en función de los diferentes aspectos interpretados como positivos que se asientan en las colonias. De esta forma Iliffe aseguraba que “Considerarlo —el colonialismo— como un mero episodio equivale a minimizar lo mucho que la civilización industrial ha ofrecido a los africanos del siglo *XX*, mucho más que a los latinoamericanos del siglo *XVI* o los indios del siglo *XVIII*” (Iliffe, 2013, p. 321). Son este tipo de relatos, como los que ponen en valor la construcción de universidades en América Latina, a costa del sometimiento de las poblaciones, los que resultan peligrosos por la equidistancia que posicionan entre opresores y sometidos, ya que desde esa misma retórica hasta del nazismo se pueden encontrar avances tecnológicos o se podría defender que gracias a la esclavitud de mujeres negras se permitió un desarrollo mucho más profundo de la ginecología.

Incluso diferentes intelectuales y escritores africanos tales como Moussa Konaté o Axelle Kabou han accedido a comprar este tipo de discursos reproduciendo las mismas lógicas racistas y coloniales. Esto supone no solo un error en el diagnóstico al despreciar la importancia de aspectos externos en el análisis, sino que ayuda precisamente a perpetuar la imagen de una África condenada. Hoy en día aún se reproducen este tipo de lógicas inspiradas en la superestructura de la “Maldición de Cam”¹⁴ que van dirigidas más a los europeos que a los africanos. Esta lógica discursiva tiene una finalidad que es evitar la responsabilidad de Occidente y así mismo, de perpetuar el paradigma de la ayuda-dependencia

¹⁴ Se encuentra la referencia en el pasaje bíblico del Génesis 9:18-29 situando en la descendencia de Noe la maldición que daría lugar a la raza negra que justificaría a la vez su esclavitud (Morgan Teasdale, 2016, p. 56).

de África. Es decir, se debe mantener el marco que permita justificar la presencia extranjera en el continente, y esto se consigue con la elaboración de teorías, reforzando lo que Valentin Yves Mudimbé denomina la biblioteca colonial, que sigan infantilizando a las sociedades africanas sugiriendo que estas necesitan de la tutela de Occidente para poder avanzar. De esta forma, entendiendo que los problemas de África son meramente internos y endogámicos, las instituciones y gobiernos extranjeros asumen el papel de salvadores ofreciendo como recetas la economía de mercado y la democracia liberal.

Uno de los principales autores de estas corrientes de pensamiento es el periodista francés Stephen Smith, que “recalca la persistencia de obstáculos culturales para el desarrollo en África” (Kabunda, 2012, p. 157). En su obra *Negrología: por qué África se muere* Smith afirma que África está lastrada por una historia que no le permite avanzar enfocándose en los aspectos culturales tradicionales con los que debe terminar porque le está llevando a un lento suicidio. Por su parte, Axelle Kabou, que “habla del rechazo, obstinado y confesado, al desarrollo por parte de los africanos” (Kabunda, 2012, p. 157) es un ejemplo de africana que ha absorbido la misma lógica que criminaliza a los propios africanos y a sus propios orígenes señalando a la cultura africana como opuesta al desarrollo. Es precisamente a este problema al que se refiere Aminata Traoré (2004) cuando afirma que “solo se pondrá término a los males de África si se procede a la deconstrucción del discurso dominante” (p. 72).

Pero de nuevo, es otro autor africano, Moussa Konaté, el que “considera que las culturas africanas basadas, en lo esencial, en el culto a los antepasados y la solidaridad, piedras angulares del modelo social africano, constituyen un importante obstáculo al desarrollo” (Kabunda, 2012, p. 157). Y es gracias a la legitimidad que da la academia de Occidente (predominantemente blanca)¹⁵ a estas tesis, que autores

¹⁵ Cabe señalar que la categorización de “blanca” no es referida en tanto a la pigmentación de quienes la constituyen sino al modelo de pensamiento estructurado, definido y hegemonizado que se ha creado históricamente desde el norte global (que se piensa y se define a sí mismo como blanco) donde las otras formas de entender el pensamiento consuetudinarias desde las periferias no han tenido proyección ni reconocimiento.

como Bernard Lugan se permiten decir abiertamente en sus trabajos, que recomienda la recolonización de África “por la incapacidad congénita de los africanos de gobernarse y desarrollarse, etc.” (Kabunda, 2012, p. 157) afianzando la idea según la cual los africanos no tienen la capacidad de establecer soluciones a sus propios problemas.

Estas perspectivas etnocentristas, reduccionistas y racistas son las que se encuentran precisamente en organismos internacionales como el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional. En palabras de un miembro del Banco Mundial “la persistencia de formas tradicionales de comercio y costumbres es un síntoma del pasado fracasado del Desarrollo” (Duffield, 2001, p. 163). Esta sentencia esclarece que los intereses del Banco Mundial son acabar y destruir lo autóctono, lo local, tradicional y cultural asumiendo que es malo, cuando lo que viene a decir intrínsecamente es que es malo para los intereses del propio Banco Mundial y de Occidente. También, muestra una clara mentalidad colonial con una postura de tutelaje, de superioridad y de dadores de conocimiento. La demonización de las instituciones tradicionales permite legitimar su destrucción y su plantarlas por otras externas.

Estas lógicas se encuentran enmarcadas en lo que Albert Roca denomina como camitismo, entendiendo el mito camita como “el estímulo externo de todo cambio substancial, desde el surgir de la agricultura a la constitución de los estados” (Ki-Zerbo, 2011, p. 13). Roca recrimina ese discurso que presupone que todo lo africano que se pueda considerar positivo tiene un origen externo y foráneo, y asegura que este solo tiene la finalidad de coartada de la tutela colonial y de reproducir la superioridad occidental.

A su vez, estas explicaciones pueden enmarcarse en lo que Duffield (2001) denomina el “Nuevo Barbarismo” (p. 149) que viene a reducir las explicaciones de la situación de África y de sus conflictos en las propias lealtades culturales bajo un salvajismo que roza lo irracional. Acepta que hay culturas diferentes pero que estas son las que dan lugar a los conflictos y a la violencia. Se pretende hacer ver que son las di-

ferencias “tribales”¹⁶ endémicas y afines a los propios pueblos lo que genera el constante estado de penuria y enfrentamientos. Se viene a decir que no hay una solución real al problema por lo que se justifica la intervención militar como apaciguador de esos enfrentamientos inevitables. Wa Thiong’o señala cómo estas tesis tribalistas-biologicistas sitúan las problemáticas en un ámbito donde las medidas sociales y políticas no tienen cabida porque bajo estas lógicas, “si los problemas son biológicos, su solución solo puede ser biológica” (Wa Thiong’o, 2017, p. 30) pudiendo sustituir lo biológico por lo cultural.¹⁷

Desde otro punto de vista, existen una serie de autores, sobre todo bajo el marco del marxismo que si bien reconocen todo el proceso político de dominación y expolio por el que Europa se ha beneficiado del continente africano, y aun entendiendo la necesidad de que el futuro de país, lo que incluye sus instituciones, deben surgir desde los propios africanos, asumen que en muchas partes del continente africano los procesos lineales de la historia (desde el marxismo) han sido mucho más lentos por lo que no ha sido posible el avance a estructuras organizadas que permitieran los procesos revolucionarios necesarios. Un ejemplo de ello es el historiador afroguayanés Walter Rodney, quien en su trabajo *Cómo Europa subdesarrolló África* (Rodney, 1982) describe los pasos necesarios para llegar al capitalismo y por lo tanto a la revolución (comunalismo-feudalismo-capitalismo) señalando que la mayoría del continente no llegaría a establecer un feudalismo como tal. Esto lo ha reflejado en frases tales como “Aunque la igualdad comunalista estaba ya en decadencia, las relaciones comunales persistieron, y hacia el siglo XV empezaron a ser un freno para el desarrollo del Sudán Occidental” o “La revolución violenta era una probabilidad remota puesto que aún no se habían formado las clases que podrían llevarla a cabo” (Rodney, 1982, p. 78). Y es que corrientes teórico-políticas de izquierdas europeas fueron, a su manera, perpetuadoras en muchos sentidos de la dicotomía civili-

zados vs bárbaros con relación a África y terminaban por imponer “a las luchas de los países colonizados un compás de espera” como desarrolla Montserrat Galcerán (2016) en su obra *La bárbara Europa. Una mirada desde el postcolonialismo y la decolonialidad*.

Por otro lado, está la lectura que llevan a cabo los africanistas sobre la realidad del continente y el fracaso del Estado. Estos vienen a decir que, si bien algunos atribuyen el fracaso del desarrollo y del Estado a la cultura africana, autores como Achille Mbembe, Ngugi Wa Thiong’o, Valentin Yves Mudimbé, Bado Ndoye, Aminata Traoré o Felwine Sarr afirman, en términos de Kabunda (2012) que “lo que ha fracasado no es el desarrollo sino la occidentalización o el mimetismo del modelo occidental que, según Okavuvu Okanga, asfixia a menudo a África impidiéndola pensarse” (p. 156).

Mudimbé (1994) lo expresa de tal forma que demanda la necesidad de elaborar un nuevo discurso

que hable tanto de nuestros deseos como de nuestras ilusiones, hoy. Pero esto no es una opción posible a menos que, de antemano, hayamos comenzado desde nuestro lugar actual una nueva lectura crítica, radical del pasado, de sus tradiciones, de sus pompas míticas y de sus redes de sentido (s. p.).

En este sentido Felwine Sarr (2018) señala cómo

en los orígenes de cualquier comunidad se encuentra el establecimiento de un código simbólico común que permite a sus miembros pensar, decir y experimentar lo real de manera relativamente unívoca (...) De ahí la necesidad, para la mayoría de los países africanos, de elaborar un proyecto político, económico y social que parta de su sociocultura y emane de sus propios universos mitológicos y visión del mundo. (p. 22).

Para ello, “se necesita de una comprensión rigurosa de las modalidades actuales de la integración de África en los mitos de Occidente”. En definitiva “deconstruir la razón colonial (etnológica) pasa por

¹⁶ El tribalismo es una idea creada desde Europa que describe a los diferentes grupos étnicos en un rango de tribus más cerca de lo salvaje y animal que de lo civilizado y humano.

¹⁷ “El racismo cultural está vinculado indirectamente al racismo biológico en la medida en que el primero naturaliza/esencializa la cultura de los sujetos raciales/coloniales” (Adlbi Sibai, 2016, p. 43).

una crítica radical de los discursos producidos, de sus marcos teóricos, de sus cimientos ideológicos y de la lógica que ha servido para “patologizar a los africanos” (Sarr, 2018, pp. 23, 96 y 97).

Por otra parte, entendiendo el origen impuesto del estado, François Bayart, Stephen Ellis y Beatrice Hibou (1999) aseguran en su obra *The Criminalization of the State in Africa* que es el Estado criminal el primer agresor y el primero en saltarse las reglas. Así mismo, Sékou Pathé Guéye rechaza las tesis que se centran únicamente en los aspectos internos de África “por tapar las responsabilidades históricas y externas en el subdesarrollo de África, tales como la trata de negros y los siglos de colonización” (Kabunda, 2012, p. 159). Como ya se ha mencionado el pasado de la esclavitud y las colonias es de importancia capital en la situación que vive hoy en día el continente. La destrucción de aspectos políticos, económicos, sociales, culturales y demográficos con la pérdida de trabajadores y pensadores supuso que se mermara la capacidad de dinamismo interno y de proyección.

Por su parte Patrick Chabal y Jean-Pascal Daloz (2000) llevan a cabo una enunciación del desorden político que precisamente permite el entendimiento de los Estados africanos recriminando a aquellos que consideran que tales Estados se oponen al desarrollo ya que entienden que su problema viene de que su funcionamiento se basa en la lógica occidental y desde esta lógica, y no la lógica africana, este nunca podrá dar lugar a ningún desarrollo (Ngoie Tshibambe, 2009, p. 129). En esta línea, Michel Vernières (2003) amplía la idea de que el modelo de desarrollo a llevar a cabo solo puede ser definido por el propio pueblo con base en su historia y su cultura. Entendiendo el desarrollo como una conversación entre tradición y modernidad que se complementan y se refuerza. Se puede resumir el pensamiento de los pensadores africanistas como que el alcance de un modelo sociopolítico estable que represente al conjunto de las poblaciones dentro de sus diferentes identidades y necesidades solo se alcanzará partiendo de la voluntad colectiva evitando entender el desarrollo como la reproducción de soluciones occidentales, y alejándose de los marcos binarios

nacidos del proyecto colonial-occidental de la modernidad que establece la linealidad histórica para alcanzar imitar su modelo. La importancia clave está en la creación de sus propias estructuras y de definir sus necesidades, ya que como dice Mamousse Diagne “no hay desposesión más grave que aquel que prohíbe a un sujeto el acceso a la cuestión que le afecta” (Traoré, 2004, p. 67).

8. Balance final

Se entiende que mientras no sean las personas africanas (lo cual no se reduce a las élites) las que configuren, de acuerdo con su realidad –necesidades y demandas– su propio Estado, este no dejará de ser un espacio de lucha de poder, de desigualdad y corrupción. Mientras que la tradición africana, así como sus lógicas e instituciones tradicionales no formen parte del Estado (en la medida que lo consideren los propios africanos), este no será legitimado y no representará al pueblo.

Cuando se refieren a los aspectos que quedan relegados de los Estados y tradiciones africanas a partir de la colonia y las independencias, uno de los principales elementos políticos que cambian es la concepción de poder por parte de los Estados. Y es que el señalamiento de los Estados africanos precoloniales siempre ha existido ya sea por su banalización, el poco interés en su estudio y la constante comparativa con Europa. En ese sentido Jeffrey Herbst (2000) dice que “asumir que los estados y sistemas estatales no existían en África simplemente porque el modelo europeo no era el seguido demuestra, como mínimo, una falta de imaginación y, más importante, una estrecha concepción de cómo el poder puede ser organizado” (p. 37). El rasgo característico del Estado se basaba en una diferente concepción del poder que no se fundamentaba en el control de la tierra mientras que “por el contrario los estados modernos están atados al control del territorio” (Herbst, 2000, p. 36).

A su vez, sigue: “el principal aspecto distintivo de las relaciones precoloniales internacionales, en comparación con el sistema internacional, era la diver-

sidad de estados” (Herbst, 2000, p. 54). Diversidad que señala Walter Rodney con los ejemplos de los Estados más fuertes del continente como son Egipto, Etiopía, Nubia, o los de El Magreb y los Estados de Sudan Occidental o de Zimbabwe.¹⁸ Precisamente esa diversidad es la que se rompe como parte de la agenda del sistema mundo estatalista-nacionalista-capitalista-racista con la consecuente homogeneización de un modelo político estatal creado por los poderes del norte con base a sus necesidades.

Hemos visto entonces que una de las principales diferencias que se rompieron en las concepciones sobre el poder y el Estado, fueron la del control del territorio y la propiedad de la tierra, y por lo tanto el establecimiento de las fronteras, lo cual está directamente relacionado en cómo se entiende la soberanía como una suerte de patrimonio frente a modelos de soberanías compartidas. Dentro de las nuevas formas en las que se produce el reparto de la tierra que se trabaja, al margen de la idea de propiedad, supuso cambios drásticos en cómo se entendía la tierra y su tipo de tenencia, lo que influye precisamente en la consolidación del sentido de clase social webberiano.

En definitiva, una primera solución podría ser conseguir la hibridación de los Estados, que sean Estados mestizos¹⁹ como sugieren varios autores ya citados. Porque es evidente que el modelo de Estado westfaliano fue creado en un momento concreto, desde un lugar concreto y para una cultura concreta, y por lo tanto para que hubiese tenido cabida en África hubiese requerido una previa conciencia de Estado (de ese tipo de Estado) por parte de su población.

Se requiere un cambio de dirección del modelo aspiracional occidental que ha llevado a que no solo

¹⁸ Son los Estados de la corriente del Nilo: Egipto, Etiopía y Nubia (sobre todo los dos primeros) estructurados por extranjeros (en el caso de Egipto por árabes y turcos a partir del siglo VII) los que encuentran mayores similitudes con los Estados fuera del continente. De la misma forma ocurrirá en el Magreb a partir de la llegada del islam (Rodney, 1982, p. 62-83).

¹⁹ Referencia que nada tiene que ver con el sentido del Estado mestizo latinoamericano basado en la Democracia Racial sino con los acercamientos de hibridación del estado (mezcla de tradición y modernidad) de autores como Mbuyi Kabunda o Felwine Sarr.

África siga siendo dependiente²⁰ de órganos externos al continente, sino que los países africanos han pasado a ser un actor que enriquece a todos menos a las poblaciones africanas, como refleja Kabunda (2012) asegurando que “África ha pasado de ser autosuficiente e incluso un neto exportador de alimentos, en la década de los 60 y 70, a ser importador de los mismos en la actualidad. Se han desarrollado en el continente sociedades de consumo en lugar de las de producción” (p. 164) con el agravante del contexto africano siendo el continente con mayor cantidad de tierras cultivables. África no interactúa consigo misma, apenas las exportaciones entre países africanos llegaron al 10% del total en 2005 (Kabunda, 2012, p. 163). Frente a esta situación Traoré (2004) recuerda que “ningún crecimiento es duradero sobre la base de la exclusión de su pueblo y de la alianza con las fuerzas del mercado” (p. 151).²¹ Es bajo esta dinámica de dependencia trampa con la que África no puede avanzar de tal forma que las ayudas resultan contraproducentes al retroalimentar y favorecer “la mala gestión y la corrupción de los beneficiarios o el fortalecimiento de las dictaduras locales, como ocurrió en las décadas anteriores” (Kabunda, 2012, p. 182).

Así mismo los datos son rotundos al hablar de estabilidad política²² en el continente,

²⁰ En este sentido Walter Rodney da una vuelta a esta idea al señalar que en sí los Estados africanos no son los dependientes de Occidente, sino que por el contrario es Occidente—y ahora también China—quienes dependen profundamente de África tanto en sus recursos como en su mano de obra.

²¹ En enero del 2012 los jefes de Estado de la Unión Africana acordaron la creación de la Zona de Libre Comercio Africana (AfCFTA) como la gran apuesta para sentar las bases de la industrialización del continente con la que se pretende aumentar los intercambios dentro del continente que apenas representan un 18 % del comercio total al 52% en 2022. El lanzamiento de la Zona pensado para el primero de julio de 2020 fue aplazado a enero del 2021 por motivo de la pandemia de la Covid-19.

²² Conviene matizar que la estabilidad política no ha sido la misma en todos los países de África. En este caso se busca mostrar un plano general de un evidente, y explicable, proceso de desestabilización de prácticamente todos los países independientemente del grado de desestabilización que haya tenido cada uno, así como de los diferentes momentos históricos que no han sido homogéneos. Teniendo esto en cuenta, existen países que han llevado a cabo procesos con mayor estabilidad como son el caso de Botsuana desde 1965, la República de Cabo Verde o Senegal, siendo uno de los países africanos donde nunca se ha dado un golpe de Estado, ni guerras civiles a escala nacional ni gobiernos militares frente a países como Nigeria con seis golpes de Estados.

Entre 1960 y 1990, en África hubo ciento sesenta Jefes de Estado; pero de cada tres presidentes, un promedio de dos y medio fueron militares, y las fórmulas autoritarias y totalitarias abundaron. Desde 1952 hasta finales de 1994, tuvieron lugar setenta y ocho cambios violentos o inconstitucionales y alrededor de ochenta y ocho gobernantes fueron depuestos (Esterhuysen, 1995, p. 92). Como media, en veintidós países estudiados, la democracia formal duró 7,7 años desde la independencia hasta la imposición de un régimen militar, y solo 4,13 años desde la independencia hasta el primer intento de golpe militar” (Luckham, 1986, p. 30)” (Álvarez Acosta, 2011, pp. 119-120).

Los últimos años se habla nuevamente de avance democrático. Se tienen los ejemplos de los cambios democráticos de gobierno en Angola en el 2017, Etiopía, Sudáfrica y Zimbabue en 2018 o Sudán en el 2019, entre otros. Solo en el 2019 tuvieron lugar 19 elecciones presidenciales o legislativas. Pero según la fundación española Bertelsmann en su informe Transformation Index Africa Report 2020 tales cambios siguen sin suponer una mayor democratización de los países, si bien no es igual en todas las regiones del continente (Caballero, 2020). Esto permite, por lo menos, pensar que el problema no viene simplemente de los propios procesos democráticos internos de cada país.

Esta situación responde, como ya se ha mencionado, a una agenda política, económica e ideacional internacional. Es decir, el contexto actual del continente africano como resultado de la evolución de los últimos sesenta años no responde a errores o fallos en las medidas tomadas tanto externa como internamente, sino que existen unos intereses detrás (en términos de poder, capital y privilegio) que actuaron asumiendo las consecuencias actuales del continente como una de las posibilidades de tales medidas.

9. Conclusiones

Todos los factores sobre el Estado africano son importantes, pero no todos han tenido la misma intensidad.

Los problemas internos son evidentes, la corrupción, clientelismo, líderes aferrados al poder. Pero por otro lado hay un elemento esencial, y es que, en África, aunque hubiera tenido “buenos” gobernantes en las instituciones (desde una lógica del norte global) tampoco hubieran podido obtener grandes éxitos porque el Estado tras los ajustes estructurales, la deuda y los pactos coloniales, entre otros factores nunca hubiera tenido la capacidad para poder llevar a cabo políticas públicas sostenibles.

Como se ha señalado, el impacto de la colonización no fue el mismo en unas regiones que en otras. En unos lugares tuvieron lugar rupturas mucho más agresivas con los modelos previos que en otros (Ilfie, 2013, p. 321). Pero lo que es innegable es que el Estado nación que se pretendió implantar impuesto desde las metrópolis, con las independencias desfiguró las concepciones políticas previas sobre los Estados en el continente. Evidentemente, muchos elementos impuestos adquirieron o se sincronizaron con elementos locales por la propia agenda de supervivencia, tal fue así con el islam, con el cristianismo, con la colonización y, por supuesto, con el capitalismo. Las formas de entender el Estado, de pensar el territorio, las fronteras y la soberanía cambiaron, y la tierra pasó a configurarse en términos de propiedad, primero por parte de la metrópolis, pero con las independencias siguió (y sigue) estando en porcentajes muy altos en manos extranjeras.

El futuro de África pasa, por lo tanto, por un proceso de desaprendizaje que en palabras de Samir Amin (1988) se traduce en una “desconexión” con lo impuesto y establecido (por lo menos con aquellas partes entendidas como dañinas). Más que nunca se necesitan romper las cadenas que atan al continente a los intereses externos en los que no tienen cabida el bienestar de los pueblos africanos. Como afirma Aminata Traoré se requiere “una revolución de las mentalidades” de los propios gobernantes ya que “la Globalización, antes de ser económica y financiera, o precisamente por serlo, procede al lavado de cerebros de la élite política e intelectual” (Traoré, 2004, p. 69). Es por eso que se debe llevar a cabo un desaprendizaje. Retomar los referentes históricos y las raíces de las propias estructuras

político-económicas y sociales recogiendo todos los elementos que las poblaciones africanas estimen oportunos con base en sus demandas y necesidades. Todo este proceso no tiene que reducirse a las formas meramente esencialistas, sino adaptándolo al contexto y particularidades, así como a la historia actual. Ya que, como asegura Joseph Ki-Zerbo (2011), “un pueblo no puede afrontar su futuro sin poseer una visión de su propio pasado (...) No se puede vivir con una memoria ajena. La historia es la memoria colectiva de los pueblos” (p. 53).

Como ya se ha señalado, con el proyecto colonial reformulado en las independencias dentro del mismo orden internacional capitalista, lo primero que se pierde es la heterogeneidad de las formas de concebir el Estado. Tal pluralidad de Áfricas busca ser homogeneizada en todas las formas políticas, económicas, sociales y culturales frente a las constantes e históricas resistencias. Y una de estas imposiciones precisamente se dio con el Estado-nación. Ello vuelve necesario una teorización crítica tanto del pasado como del presente para abordar el futuro entendiendo que la propia tradición (como construcción social) evoluciona, no es estática. En ese sentido se deberá rescatar lo propio, pensarse en el contexto actual tanto local como internacional, y proyectarse hacia qué futuro se quiere llegar. Es decir, en palabras de Sarr (2018), “Se trata de sustraerse de una dialéctica de la euforia o de la desesperación y emprender un esfuerzo de reflexión crítica sobre sí mismo, sobre sus propias realidades y sobre su situación en el mundo: pensarse, repensarse, proyectarse” (p. 12).

Y por ahí debe pasar el objetivo, en el equilibrio por la necesidad de repensar y reconfigurar el Estado mismo. Se tiende a plantear la idea de que los Estados africanos son parte del problema del continente cuando tales Estados son a su vez una consecuencia. Porque cabe preguntarse ¿Hubieran permitido las potencias coloniales que África se independizara rompiendo con la idea de la necesidad del Estado? ¿Hubiera sido posible una independencia fuera del marco estatal? ¿Era una posibilidad la configuración de otro tipo de Estado? Como se ha señalado a lo largo de este trabajo la respuesta se

acerca más a un no que a un sí. Existe la asunción universal y estática de que el mundo debe dividirse en Estados-nación cuando históricamente, desde la creación de los primeros Estados-nación ha sido un modelo fallido que ha llevado a dominación, desigualdad y guerras atroces (Morin, 2006). Por eso debe hacerse un ejercicio de repensar el Estado. Como dijo Frantz Fanon (2010):

No paguemos tributo a Europa creando estados, instituciones y sociedades que se inspiren en ella (...) Si queremos transformar a África en una nueva Europa, entonces confiemos a los europeos los destinos de nuestros países, sabrán hacerlo mejor que los más dotados de entre nosotros. Pero si queremos que la humanidad de un paso más allá, si queremos elevarla a un nivel diferente de aquel donde la ha llevado Europa, entonces hay que inventar, entonces hay que descubrir (p. 162).

En ese sentido el horizonte de los distintos países del continente, con cada una de sus peculiaridades, contextos y realidades, pasa como no puede ser de otra forma por las nuevas generaciones. Estas se han mostrado esenciales en los últimos años con levantamientos populares y nuevas exigencias hacia los poderes. Nuevas generaciones que están más informadas cuentan con mayores niveles de educación (pero sin expectativas laborales), con una mayor relación con la diáspora y que cada vez están más organizadas (todo ello en parte gracias a las redes sociales) lo que se traduce en mayores exigencias a sus gobiernos, pero también con la presencia de potencias extranjeras en el continente. Esto se vuelve más relevante si atendemos a las proyecciones sobre población del continente donde el 60% de la población africana tiene hoy menos de 25 años, lo que hace que África sea el continente más joven del mundo siendo a su vez el continente con mayor proyección de crecimiento de la población juvenil.

Algunos de los movimientos políticos juveniles en los últimos años han sido Balai citoyen (Escoba ciudadana) en Burkina Faso, Filimbi y Lucha en la República Democrática del Congo y Y'en a marre (Es-

tamos hartos) en Senegal. Y es que en la última década se han dado múltiples levantamientos populares. Simplemente entre 2011 y 2014 al menos 33 de los países africanos tuvieron jornadas importantes de protestas en las calles (Mampilly & Branch, 2015). Y como afirma el activista Serge Sivyva, de La Lucha, el principal éxito a corto plazo está resultando de la repolitización de la sociedad (Rodríguez, 2016).

Referencias

- Adlbi Sibai, S. (2016). *La cárcel del feminismo. Hacia un pensamiento islámico decolonial*. AKAL/Inter Pares.
- Affa'a, F.M. & des Lierres, T. (2002). *L'Afrique noire fase à sa laborieuse appropriattion de l'Université. Les cas du Sénégal et du Cameroun*, L'Harmattan/Les Presses de l'Université de Laval, 2002.
- Álvarez Acosta, M. E. (2011). De los caminos impuestos a los propios. En M. E. Álvarez Acosta (Coord.) *África Subsahariana: sistema capitalista y relaciones internacionales*. 1a ed. - Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - CLACSO.
- Amin, S. (1988). *La desconexión: hacia un sistema mundial policéntrico*. Iepala Editorial.
- Amselle, M. & M' Bokolo, E. (1985). Au coeur de l'ethnie. Ethnies, tribalisme et État en Afrique. *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, 40(6).
- Bayart, F; Ellis, S. & Hibou, B. (1999). *The Criminalization of the State in Africa*. James Currey Publishers.
- Caballero, C. (17 de septiembre de 2020). Salud democrática en África. *Mundo Negro*. http://mundonegro.es/salud-democratica-en-africa/?fbclid=IwAR1ToEl9pTON1YyetGfQhxlCfHDXjp9_InpxrEw_rwGHfUDXdJU7FBf5Wl4
- Caballero Santos, S. & Taberero Martín, C. (2015). De lo nacional a lo transfronterizo. Resistencias a la estatalidad en África y Latinoamérica. *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, (51), 117-130.
- Chabal, P. & Daloz, J. (2000). *África camina. El desorden como instrumento político*. Barcelona: Biblioteca de Estudios Africanos, Ediciones Balletera, 2000.
- Clapham, C. (2002). The challenge to the state in a globalized world. *Development and Change* 33(5), 775-795. Institute of Social Studies 2002. Published by Blackwell Publishers.
- Cooper, F. (2002). *Africa Since 1940: The Past of the Present*. Cambridge University Press.
- Duffield, M. (2001). *Las nuevas guerras en el mundo global. La convergencia entre desarrollo y seguridad*. Catarata. Madrid.
- Fanon, F. (2010). *Los condenados de la tierra*. S.L. Fondo de Cultura Económica de España.
- Galcerán Huguet, M. (2016). *La bárbara Europa. Una mirada desde el postcolonialismo y la decolonialidad*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- García Montagud, A. (11 de enero de 2019). Françafrique: El Pacto Colonial que asegura el dominio de Francia sobre naciones africanas. *Circulo de Análisis Euromediterraneo*. <http://circuloeuromediterraneo.org/francafrique-el-pacto-colonial-que-asegura-el-dominio-de-francia-sobre-naciones-africanas/>
- Herbst, J. (2000). *States and power in Africa. Comparative Lessons in authority and control*. Princeton University Press, New Jersey.
- Ibeanu, O. (2000). Ethnicity and Transition to Democracy in Nigeria: Explaining the Passing of Authoritarian Rule in a Multi-ethnic Society. *African Journal of Political Science / Revue Africaine de Science Politique*, 5(2), 45-65. Special Issue: Nigerian Politics in Transition (December 2000).
- Iliffe, J. (2013). *África. Historia de un continente*. Akal. Madrid.
- Lonsdale, J. (2000). Etnicidad moral y tribalismo político. *Revista NOVA África*. (8), 37-58
- Kabunda, M. (2012) Cultura, política y desarrollo en África: Balance de 50 años de las independencias africanas y alternativas. En V. L. Gutierrez Castillo & A. Llaguno Rojas. *La cooperación internacional para el desarrollo con África Subsahariana*. Universidad de Jaen. pp. 153-185.
- Kabunda, M. (7 de septiembre de 2002). "Neoliberalismo" en África. *Sodepaz*
- Ki-Zerbo, J. (2011). *Historia del África Negra. De los orígenes a las independencias*. Ediciones Balletera, S.L. Barcelona.

- Kouakou N'Dri, A. (2017) *La unión africana, la convivencia entre la fragilidad estatal y el supranacionalismo: análisis político institucional de la integración africana de 2000 a 2016*. Facultad de Ciencias Sociales y Sociología. Universidad Complutense de Madrid.
- Madeleine Alingue, L.A. (1999) África o la etnicidad manipulada. *Revista Científica Universidad Javeriana* Vol. 3 Núm. 6. Editorial Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.
- Mampilly, Z. C. & Branch, A. (2015). *Africa Uprising: Popular Protest and Political Change*. African Arguments.
- Mbembe, A. (2016). *Crítica de la Razón Negra. Ensayo sobre el racismo contemporáneo*. Futuro Anterior Ediciones, Barcelona.
- Morgan Teasdale, J. (2016). *Cuerpo Rebelde, Raza Indomable. Nativos americanos y negros africanos: construcciones raciales en la Inglaterra del siglo XVII*. La Cifra Editorial, Ciudad de México, México.
- Morin, E. (2006). *Breve historia de la barbarie en occidente*. Paidós, Buenos Aires.
- Mudimbé, V. Y. (1994). *Les corps glorieux des mots et des êtres*. Humanitas.
- Muñoz Rojo, P. (2018). *Si es un problema de racismo*. Editorial Diwan, Madrid, España.
- Muñoz Rojo, P. (24 agosto de 2020). La falacia de las puertas abiertas. *El Salto*, España. <https://www.elsaltodiario.com/migracion/falacia-de-las-puertas-abiertas->
- Ngoie Tshibambe, G. (2007). Privatización del Estado. El caso de la República Democrática del Congo. *Cuadernos África América Latina*, (42).
- Ngoie Tshibambe, G. (2009). Los problemas de desarrollo en África: de la pérdida de los paradigmas a la superación de la inercia social. En Kepa Sodupe, Mbuyi Kabunda y Leire Moure (eds). *África Subsahariana. Perspectivas sobre el Subcontinente en un Mundo Global*. (pp. 121-139). Cátedra de Estudios Internacionales, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, Bilbao.
- Olukoshi, A. (2006). Modelos cambiantes de la política en África. En Boron, Atilio A. & Lechini, Gladys *Política y movimientos sociales en un mundo hegemónico. Lecciones desde África, Asia y América Latina*. CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires. Julio 2006. pp. 181-184.
- Rodney, W. (1982). *Cómo Europa subdesarrolló África*. Editorial Siglo XXI.
- Rodríguez, M. (8 de enero de 2016). Serge Sivya: "Hem entès que no hem d'esperar res dels polítics ni de l'estranger". *Ara.cat*. https://www.ara.cat/societat/SERGESIVYA-Hem-desperar-politics-lestranger_o_1500449956.html
- Sarr, F. (2018). *Afrotopía*. Casa Africa.
- Serbin, S. (2017). *Reinas de África y heroínas de la diáspora negra*. Barcelona: Wanafrica.
- Shmite, S. M. (2009). Del Estado poscolonial al Estado moderno contemporáneo. ¿Una trayectoria de construcción social? En Stella Maris Shmite & María Cristina Nin *África como espacio geográfico de análisis*. (pp. 95-125). Universidad Nacional de La Pampa, Santa Rosa (La Pampa).
- Taylor, C. (2006). *Imaginario sociales modernos*. Barcelona: Paidós
- Traoré, A. (2004). *La Violación del Imaginario*. Sirius Comunicación Corporativa, Madrid.
- Vernières, M. (2003). *Développement humain. Économie et Politique*. Económica, París, 2003.
- Wallerstein, I. (2006). *Análisis de Sistema Mundo*. Siglo XXI, México.
- Wallerstein, I. (2011). *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*. Editorial Siglo XXI.
- Wa Thiong'O, N. (2015). *Descolonizar la mente*. Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U. Barcelona.
- Wa Thiong'O, N. (2017) *Reforzar los cimientos*. Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U. Barcelona.